



Año XLVIII

Orihuela 15 Mayo de 1930

Num. 1114

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

¡Dios juzgará a los jueces!

Con el rostro lívido, la mirada vaga, contraídos los labios por una sonrisa estúpida y cínica, Emilio Gaudot está sentado en el banquillo de los acusados ante el tribunal de una capital de departamento, no lejos de París.

Encima de los jueces, dominando la sala, extiende sus brazos la imagen de Cristo crucificado; visión apacible en aquel pretorio, cuya atmósfera infestan los miasmas del vicio y del crimen.

Los jueces ocupan sus sitials: los jurados están en su puesto. Después de las diligencias de costumbre, el presidente, dirigiéndose al procesado, le dice:

—Gaudot, habeis asesinado a Rosina Minié para robarle dos francos: creíais, sin duda, encontrar en su casa mayor suma de dinero; de lo contrario no hubiérais cometido vuestro crimen.

—...¿Qué sé yo?...

El presidente.—¿Cómo! ¿No lo sabéis?

Gaudot.—No... Una vieja más o menos, ¿qué importa? Yo trabajo a cualquier precio.

El presidente.—Vuestro cinismo indignaría a los mismos cafres. Cuando se piensa que sólo tenéis diez y siete años y que lleváis ya sobre vuestra conciencia el peso de tan enormes delitos, se pregunta uno en qué escuela de infamia habeis aprendido todos los secretos del mal.

Gaudot.—Señor Presidente, eso se aprende por sí solo.

El Presidente.—¿Confesais, pues, que son exactas todas las circunstancias enumeradas en el acta de acusación?

Gaudot.—Estoy dispuesto a confesar todo lo que querais. Me tienen sin cuidado y encuentro altamente ridículas esas fórmulas curialescas.

El Presidente.—Los señores jurados apreciarán vuestra actitud. El abogado defensor tiene la palabra.

Mr. Saint-Appert (defensor de Gaudot).—Señores, mi tarea es muy sencilla, porque el acusado lo ha confesado todo. Es inútil, pues, defenderle; no veo para él ninguna esperanza de misericordia. Por consiguiente seré breve.

Pero si la justicia le pide cuenta de su crimen, permitidme que a mi vez pida yo cuenta a la justicia de su fallo.

¿Cuál será? Lo ignoro. Mas, sea el que fuere, sépase que hay aquí alguien más culpable que el reo. Yo os denuncio a ese culpable, o mejor dicho, yo ocuso a esos culpables: sois vosotros, señores que me escuchais: vosotros, que representais a la sociedad, a esa sociedad obligada a castigar las faltas que su incuria y corrupción no han sabido prevenir. (Movimiento de asombro en el auditorio).

Delante de mí veo y saludo a Cristo crucificado. Aquí está, en nuestro pretorio: aquí donde citais a la barra al criminal. ¿Por qué no está también en la escuela, allí donde llamais al niño para instruirle? ¿Por qué casti-

gais bajo la mirada de Dios, cuando no lo necesitais para formar las almas? ¿Por qué ha tenido Gaudot que venir a este sitio para contemplar por primera vez la imagen del Dios del Gólgota? ¿Por qué no ha podido verla en frente de los bancos de su escuela? Con seguridad se hubiera evitado el banco de infamia en que hoy se sienta.

¿Quién le ha dicho jamás que hay un Dios, una justicia futura? ¿Quién le ha hablado de su alma, del respeto a su prójimo, del amor a sus hermanos? ¿Cuándo se le ha enseñado el precepto de la ley de Dios, que dice: «No matarás?»

Esa alma ha sido abandonada a sus malos instintos; ese joven ha vivido como una fiera en el desierto, solo, en medio de esta sociedad que va a herir al tigre, cuando lo que debió haber hecho en tiempo oportuno, era cortarle las garras y calmar su fiereza.—

Gaudot escucha con estupor, con una especie de triunfo, a ese defensor que dice cosas tan nuevas para él, y un rayo de satisfacción brilla en sus ojos cuando Mr. Saint-Appert concluye diciendo:

—Sí; yo os acuso a vosotros, señores; a vosotros, hombres civilizados que no sois más que bárbaros; moralistas que propagais el ateísmo y la pornografía a toda orquesta. ¡Y luego os asombráis de que os conteste con el crimen y la degradación más horrible!...

Condenad a mi cliente, estais en vuestro derecho; pero yo... yo os ac-

so a vosotros y cumplo con mi deber.—

Mr. Saint-Apper se sienta; la Sala no puede ocultar la emoción que la domina y prorrumpe en aplausos que el Presidente se apresura a reprimir.

Los jurados se retiran a deliberar, y contestan afirmativamente a todas las preguntas.

En su consecuencia, Gaudot, a pesar de sus pocos años es condenado a la pena de muerte.

—¡Dios juzgará a los jueces!— exclamó el abogado puesto de pie y con el brazo extendido hacia el Cristo.

(*La Croix du Midi*).

Las flores más puras

Brillaba en el cielo azul—el alegre sol de Mayo—y por las altas ventanas—del artístico santuario—entraba la luz cernida—que bajaba de lo alto—reverberando en los pisos—y capiteles dorados—y suavizando sus tonos—sobre los rojos damascos.

Como visión de los cielos—vestida con regio manto—y circundada de luces—ostentaba sus encantos—la bella Flor de las flores—que ante su altar sacrosanto—tenía un grupo de niños—vestidos todos de blanco—que habían por vez primera—aquél día comulgado.

Uno de ellos, puesto en pie,—después del solemne acto,—levantó su vozcecita—estos versos recitando:

Al pie de tu excelso trono nos postramos, Madre amada para ofrecerte estas flores que grato perfume exhalan.

Las cogimos para Tí y como tanto nos amas, con ellas hoy te ofrecemos nuestra vida y nuestras almas.

Hoy es el día feliz de júbilo y dicha santa en que a Jesús recibimos en la hostia consagrada.

Hoy juramos las promesas del Bautismo, y al jurarlas queremos, oh dulce Madre, Cual fieles hijos guardarlas.

Hoy queremos que a tí suban nuestras fervientes plegarias y que del cielo descienda copioso raudal de gracia.

Vuelve a nosotros tus ojos, míranos, Madre adorada, que hoy a Tí te consagramos nuestras pobres alabanzas.

No permitas, Madre buena, que se manchen nuestras almas y bendícenos a todos los que estamos a tus plantas.

¡Cuántas madres aquel día—de gozo interno lloraron y a la Virgen sus hijitos inocentes consagraron!

¡Quiera el Angel de su guarda de todo mal preservarlos pues son las flores más puras del hermoso mes de Mayo...

J. Maciá

La fiesta de Jesús Obrero en el 1.º de Mayo

Los obreros del ramo de construcción de Orihuela venían celebrando en años anteriores la Fiesta del Trabajo en el 1.º de Mayo. El año pasado en número de doscientos se separaron de la Casa del Pueblo, influenciada por el socialismo, y dedicaron su Sindicato a la Patrona de Orihuela.

Este año han acordado celebrar todos los años la Fiesta del Trabajo del 1.º de Mayo; pero por iniciativa de los albañiles han tenido una función religiosa consagrada a Cristo obrero.

La idea fue acogida admirablemente por todo el elemento obrero el cual llenó el templo de la Patrona.

La fiesta a Cristo obrero ha santificado el 1.º de Mayo en Orihuela.

Al año que viene piensan dar extraordinaria solemnidad a esta Festividad extendiendo la invitación a otras partes para que el 1.º de Mayo sea honrado consagrándolo a Jesús Obrero.

Hemos recibido para La Lectura Popular un donativo de 400 pesetas, quedando muy agradecidos por la memoria que se ha tenido por esta cristiana publicación.

CASOS Y COSAS

La tolerancia de las izquierdas ha quedado como un pingajo.

¡Pobre tolerancia izquierdista!

La cojió Unamuno y la trató a patadas. La tomaron entre manos los estudiantes y los profesores de la zurda y la pusieron como señuelo rojo en un balcón de la Facultad de Medicina en lugar de la Bandera española, y luego creyendo que la tolerancia izquierdista, su tolerancia, aun merecía algo más la honraron echando a la calle todas las tejas y apedreando a los transeuntes e interrumpiendo la circulación...

¡Tolerancia izquierdista! ¡Qué mal has hecho para que los tuyos, tus devotos, te traten como ramera; te traten brutalmente; te traten como de tribu bárbara?

Y los que así tratan a la «tolerancia» se llaman los intelectuales y cultos... Un intelectual a tejazos limpios por las calles; un hombre culto dando patadas en lo alto de una escalera...

Unamuno al presentarle la cuenta en el Hotel dijo:

—Que pague la Comisión que me ha llamado.

Y se fué sin pagar, a pesar de que el dueño del Hotel le objetó:

—¿Y qué sé yo de esa Comisión?

Aquí el que ha comido y dormido es usted.

El profesor de griego de la Universidad de Salamanca no entendió el claro lenguaje de la tierra de los garbanzos y se subió al automóvil y se marchó... sin pagar...

La aureola de Unamuno se la debe a Primo de Rivera.

Al venir la Dictadura la fama de Unamuno estaba por los suelos... Nadie lo tomaba ya en serio.

Las cosas de Unamuno tenían la misma importancia que la de cualquier gracioso orate del Manicomio de Ciempozuelos.

El General Primo de Rivera fué el único español que tomó en serio a Unamuno.

Y lo desterró...

El tomar en serio a Unamuno ha sido una de las equivocaciones más notables del Dictador y de la que la historia tomará razón para decir que el ilustre general tenía mucho de ingenio y de bonachón...

Como hacía seis años que los españoles no presenciaban las piruetas del profesor de griego se habían olvidado de las excentricidades unamunescas y al verle llegar, partidarios y adversarios, lo acogieron los primeros como un santón y los segundos como un demonio rojo... Mas nuestro gozo en un pozo. Al primer tapón del Ateneo unos y otros se sintieron desilusionados.

Los intelectuales de Club decíanse:

—No sirve para Jefe de Harca...

Los adversarios que se creían que había llegado a las calles de Madrid por lo menos el Raisuni, decían también desilusionados:

—Este Abd-el-Krim de las izquierdas no merece un desembarco en Alhucemas.

Y enfundaron todos, los partidarios, y los adversarios su entusiasmo y se han dedicado a reirse del intelectual desencuadernado, que ni para santón de las fáciles izquierdas españolas sirve ya...

— Esto de tomar un poco a la risa las cosas es de sana higiene.

¿Por qué congestionarse y crispar los puños y enronquecer exponiéndose a enfermar?

Ni Unamuno, ni Marcelino Domingo, ni Alcalá Zamora, ni otro político ninguno valen la pena de un ataque cardíaco o de una apoplejía... Calma, calma, señores.

Es lástima que muchos españoles se hayan tomado de veras todo eso del republicanismo y de las constituyentes y de las responsabilidades y vayan a enfermar.

No, hermanos, no.

Lo primero es la salud.

— ¡Tonto de mí!

Tanto oír a las izquierdas, a las izquierdas sociales, a las juristas y a las políticas, hablar de pacifismo que, una había creído que la planta de la «paz» había aclimatado entre ellos.

Y casi iba mirando con simpatía hacia ese coto donde el pacifismo echaba raíces. Por un punto, nos decíamos, han de empezar a darse derechos e izquierdas la mano ¿qué punto mejor que el de la paz?

Mas apenas se han abierto las espigas de la libertad, en vez de gritar ¡viva la paz! han dicho: ¡a la calle! ¡a la revuelta! ¡al mordisco! ¡a la lucha!

—Pero ¿y el pacifismo?

—Es el gorro de dormir que usan las izquierdas, nos han contestado.

En cuanto se despiertan se lo quitan.

Al salir de un mitin republicaniante en que varios monárquicos, antiguos políticos, se habían declarado republicanos dos hombres del pueblo sostienen la siguiente conversación.

—¿Como te explicas que esos viejos políticos antes tan monárquicos se pasen ahora a la república?

—Es natural.

—No lo veo.

—Es la historia de la vaca.

—¿Cómo?

—Dos amigos fueron a un mercado de ganados.—Verás lo que he pensado, dijo uno. Vamos a comprar una vaca para los dos—¿La mitad para tí y la mitad para mí?—Justo.—Pues acepto. Ajustaron la vaca, la compraron y condujeron a casa de uno de ellos. Pasó un día y un amigo pagó la comida y el otro se bebió la leche. Otro día y la misma historia. Al cabo de una semana dice el pagano al bebedor. Pero ¿yo pago y tú bebes?—Claro hombre: hemos comprado la vaca la mitad cada uno: a mí me ha tocado la mitad trasera y a tí la delantera. Tú pagas lo que come tu mitad y yo recojo lo que produce la mía.

—El cuento no está mal ¿y la aplicación?

—Esos señores viejos políticos disfrutaron durante semanas de años de la parte de atrás de la vaca del presupuesto español, y ahora no sé resignan al cambio de papeles...

A. Hernán

Lea V. La Lectura Popular. Dela a leer.

Llévela a un buzón de la Buena Prensa o de La Legión Católica o de otra institución de propaganda.

Una entrevista con el diablo

Acabo de encontrarme al diablo.

Iba de veinte alfileres, sobretodo gris, cuello de seda, pantalón de pliegue impecable, zapatos Richelieu, guantes rosa...

Yo seguí mi camino, pero el me acompañó.

Y me decía:

—Ya podéis moveros cuanto queráis. Os tengo cogidos por el cuello. Vuestros informes de trabajos me divierten... vuestras voces... ¿Veis mi mano? Pues ha anudado sobre los ojos de los católicos una venda que no se ha deshecho en más de medio siglo ¡Ah! ¡Sé trabar nudos!

* * *

Nerviosamente, con su bastón de caña, me señalaba los transeúntes:

—Mira este señor... también lleva mi venda... Es un buen católico... tú lo sabes... un católico. Pero *por lo demás*, está suscrito a un diario de la mañana *de los míos*; y cada tarde envía a su criado por otro diario de los míos. Lo lee, lo tira al cesto de los papeles, y de allí vuelve a salir el diario para ser leído hasta en la cocina...

Algunos pasos más y nos cruzamos con una joven.

—¿La ves? Va a misa. Pero, con todo, es muy fiel suscriptora mía. Cada día me da algunas monedas.

¡Una gota de agua! dirá uno de tus ciegos católicos. Pero tú sabes bien que aunque una gota de agua sea nada, el Océano sólo está formado de gotas de agua. ¿Con qué, si no con los céntimos de esta devota y de otras así, he edificado yo estos palacios que son mis palacios, conteniendo linotipes y rotativas, unidos por hilo telegráfico especial a todas las capitales?

Esa cristianita lleva también ya mi venda.

* * *

Pasamos por ante un kiosco. Los ojos de Satán brillaron.

—Cuenta tus diarios... vamos, cuéntalos... me dijo.

Los conté. Uno... dos... tres... cuatro... cinco... No más.

—Ahora, cuenta los míos.

Su bastón de caña iba rápido, señalándolos.

—Este es de los míos por sus artículos de fondo... éste, por su folletín... éste, por sus grabados... por sus anuncios... Y éste... y éste... y aún más.

Contamos hasta cuarenta y tres.

* * *

Pasó un sacerdote.

Satanás le siguió con la vista con particular atención.

—Hasta ese..... lleva también la venda. Míralo... está cansado... Viene de predicar un sermón... un bello sermón... Su discurso ha sido muy estudiado... Pero se dirigía sólo a 100 personas convencidas ya de antemano.

¡En tanto, yo!... Pero ¿a qué hablar? Mira mis kioscos. Fíjate en éste. Piensa cuánto me produce...

Eran las cinco de la tarde, y la calle estaba llena de gente. Había ante el kiosco muchas personas mirando los grabados y leyendo las planas de los periódicos expuestos. Muchos compraban... las vendedoras no daban abasto en plegar los diarios que le pedían. Cada diez minutos llegaban ciclistas con pesados paquetes de números del diario que acababa de salir, húmedos aún de tinta...

Satán me dijo con orgullo:

Esta es mi cátedra... Y este sacerdote que pasa no ve que entre mi predicación y la suya hay la misma diferencia que la que existe entre el cañón de gran calidad o la ametralladora y la antigua catapulta.

Pero... él no ve... Pasa sin mirar con espanto este kiosco que cada día cada hora del día, le roba las almas, de niños, redimidas por la sangre del Otro.

¡También este sacerdote lleva mi venda!

* * *

El diablo estaba ya en confidencia conmigo.

—Sólo una vez he sentido temor...

Cuando se expulsó a los religiosos de las escuelas... Cuando se robaron las fundaciones y los bienes de la Iglesia, temí que resurgieran... Temí que se consagraran a la prensa... que cayeran en la cuenta de... el pueblo es de aquel que le habla...

Era una cosa tan de esperar que...

lo confieso... Sentí miedo. ¿Qué sería de mi imperio si alguna vez los católicos, con su gran ideal; la fecundidad de su apostolado y la bendición del Otro, volvían contra mí el alma terrible de la prensa?

Entonces reafirmé la venda. Pero el peligro pasó... los católicos continuaban dulcemente resignados... y la prensa es mía, con toda su influencia...

* * *

—Yo el ángel de las tinieblas, no llevo vendas en mis ojos... Veo claro, ¡tan claro!

Sé lo que es ese sentimiento que los católicos no han experimentado nunca... El orgullo de mi grande y predilecta arma! ¡Oh! ¡mi diario!

Es la más eficaz expresión de mi voz...

Suena en la redacción... Va de kiosco en kiosco... llena la ciudad... invade las estaciones... toma el tren... hasta en los vapores resuena. Entra en todos los pueblos, penetra en las escuelas y en los hogares, y no se detiene sino cuando ya no queda ni un arma que ofrecerme... llega hasta las almas de los niños.

Los católicos ignoran todo esto... ¡Mi venda les ciega!

BIBLIOGRAFIA

TOMO I. *La Misión del Congo* (parte 1.^a), *Los Carmelitas y la Propaganda Fide* (parte 2.^a).—

TOMO II. *A Persia, Peripecias de una embajada pontificia*.—Su autor, el P. Fr. Florencio del Niño Jesús, C. D.—Pamplona, imprenta de R. Bengaray 1929.

¡Bien venida sea a la publicidad esta importante Biblioteca! En el grandioso movimiento misional presente, todos debemos tomar parte activa, contribuyendo a intensificar más y más su propaganda.

Precio.—Hay dos precios: uno, de suscripción a toda la Biblioteca o serie, a 50 centimos el tomo. Otro, de tomos sueltos, a una peseta cada tomo.—Dirigirse para todo a La Obra Máxima, PAMPLONA.



Rogad a Dios por el alma de don Manuel Santacruz, bienhechor insigne de la Lectura Popular.

OBRAS

DE

D. Adolfo Clavariana

EDICION COMPLETA

NUEVAMENTE ILUSTRADA

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot. 3—Orihuela.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de acción. Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número o sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos fábricas, escuelas establecimientos y otros centros.

Precio de suscripción directa

| | | |
|-----------------|------|--------------------|
| Una acción..... | 4 | pesetas mensuales. |
| Media id..... | 2 | » |
| Un cuarto id.. | 1 | » |
| Un octavo id.. | 0'50 | » |

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de «La Lectura Popular», Bellot 3, Orihuela, (Alicante).

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela